



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## ¿Es nuestro juicio divino?

Exposición del Mensajero del Eterno

**E**N el tiempo actual poseemos mucha más luz que la que tenían aquellos que nos han precedido. Antes de que viniera nuestro querido Salvador a la tierra, la luz de la verdad y el conocimiento del plan divino estaban muy poco acentuados. Los antiguos tenían grandiosas esperanzas, pero la visión clara del Reino no estaba todavía definida para ellos.

En estos últimos tiempos, el Señor ha dado magníficos esclarecimientos, y la luz aumenta a medida que se cristaliza el principio del establecimiento del Reino. Cada uno de nosotros puede sentirse bañado en esta grandiosa y poderosa luz. No obstante, es preciso combatir sinceramente para captar el calor benéfico de la luz y poder discernir todo lo que ella trae consigo como esclarecimientos de las cosas divinas.

Exhortaciones muy apremiantes nos son dadas, porque estamos todavía muy fuertemente solicitados por la sugestión; hay toda clase de influencias que quisieran siempre separarnos del pensamiento y de la visión que tenemos del Reino. Para poder triunfar en la carrera como discípulo, es necesaria la seriedad y una verdadera disciplina, la disciplina del corazón. Esta debe ser realizada voluntariamente y con todo conocimiento de causa; de lo contrario no es posible tener buen éxito.

Ya en el tiempo de nuestro querido Salvador, hubo discípulos que no salieron victoriosos. Sin embargo, el Señor los había instruido maravillosamente. A ellos les había dado todos los esclarecimientos, las exhortaciones y los estímulos que pudieran desear.

Con todo lo que el Señor les había dado, todas las experiencias que tuvieron la ocasión de pasar al estar en contacto con él, su fe hubiera podido ser incommovible; sin embargo, no fue el caso, mostrándonos precisamente que la fe no puede tan sólo ser fortalecida por las cosas exteriores. Es indispensable que la verdad sea vivida en lo íntimo del corazón.

Es la realización de las condiciones que hace posible el circuito de la influencia divina en nosotros. Esta influencia del espíritu de Dios nos es comunicada por medio del sexto sentido, que nos permite captarla.

Cuando el espíritu de Dios puede obrar con suficiente intensidad, nos sentimos totalmente seguros. Si estamos en la nota, tenemos una certidumbre absoluta en nuestro corazón, aunque no hayamos asistido a todo lo que los discípulos presenciaron al estar en contacto con nuestro querido Salvador.

Podríamos hacernos esta reflexión: Si hubiéramos vivido en el tiempo del Señor, si lo hubiéramos visto nosotros mismos obrando cuando sanaba a los enfermos, cuando calma-

ba la tempestad, y cuando resucitaba incluso a los muertos, tendríamos mucha más facilidad. Creer en esta ventaja sería engañarnos con falsos razonamientos, porque no son todas estas manifestaciones visibles del exterior que pueden bastar para desarrollar la fe.

Hay cosas que son un veneno mortal para la fe. Es preciso evitarlas con cuidado. El Señor nos dice entre otras cosas: "No juzguéis, para que no seáis juzgados." En resumen, esto no quiere decir que no hayamos de juzgar las cosas, sino que lo más esencial es juzgarlas de la buena manera.

Cuando sorprendemos a quien sea en alguna culpa, nuestro juicio debe manifestarse a la manera divina. Esto significa que, la deficiencia que observamos en él, la colmamos nosotros. Entonces hemos juzgado bien, y el juicio que emitimos agrada al Señor.

Pero si al contrario nuestro juicio es una condenación para el culpable, si hablamos mal del prójimo, poniendo de relieve sus defectos y rebajándolo a los ojos de otros, hacemos una obra muy fea. Esta forma de proceder es muy peligrosa para el que la practica. Y no hay que olvidar que la equivalencia funciona siempre, la cual pone todo en su lugar.

El Señor dio una ilustración del juzgar a los demás en la enseñanza de la paja y de la viga, mostrando así su pensamiento respecto al que acusa a su prójimo: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no tratas de ver la viga que está en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y luego verás mejor para sacar la paja del ojo de tu hermano."

Podemos juzgar, pero solamente a la manera de nuestro querido Salvador, y nunca debemos condenar. Es necesario que el juicio que hagamos sea una ayuda para el culpable, porque de otra manera es un juicio inicuo, que es condenación para el que lo pronuncia.

Santiago dice que Dios, el Dador de la ley, nunca condena, sino que ayuda siempre. Si queremos ser de los que realizan el Reino de Dios en la tierra, si queremos formar parte de la familia divina, es preciso que llenemos las condiciones que eso trae consigo.

Si fuéramos muy sumisos y dóciles, la carrera sería fácil, pero como a menudo somos aún recalcitrantes, se requieren pruebas para ayudar a reformarnos. Y si no podemos soportarlas, por falta de suficiente honradez, nos quedamos plantados. Por eso, es indispensable que estemos muy atentos a las instrucciones divinas y que las pongamos en práctica con toda la buena voluntad requerida.

Debemos ser categóricos con nosotros mis-

mos y no divertimos con los caminos divinos. Estamos sujetos a toda clase de inclinaciones que debemos vencer con energía. Tenemos ejemplos muy contundentes en las Escrituras. Ellos nos muestran el deplorable resultado que da un corazón dividido, que se ha dejado ganar por los incentivos del adversario. La experiencia de Balaam es una ilustración de ello que debe hablarnos profundamente.

Satán, el adversario tiene una astucia consumada y no repara en nada, ni siquiera reparó en el Señor Jesús, y se acercó también para tentarlo. Es preciso vigilar nuestro corazón, nuestros pensamientos, y procurar no perder nunca el contacto de la comunión divina.

Mientras permanecemos bajo el control de la gracia del Señor, todo va bien, y en cualquier situación estamos en el gozo, capaces de dar un testimonio que honra al Eterno. Pero si no hacemos lo necesario, no podemos disfrutar de alegría. Aunque tengamos toda clase de ventajas y privilegios, nos sentimos a pesar de todo descontentos y tristes.

El contentamiento no viene del exterior, sino del interior. Cuando la comunión está bien establecida con el Trono de la gracia, nuestra situación, incluso en el seno de la dificultad, es infinitamente preferible a un bienestar completo fuera del contacto de la comunión divina. Cuando tenemos al Señor a nuestra diestra, la ayuda es siempre muy superior a la prueba.

Un hijo que cuenta con la gracia divina puede aguantar maravillosamente en todas las situaciones. Puede dar un grandioso testimonio a su alrededor. Tenemos el programa, y los consagrados tienen que traer su cuota parte de sacrificio con su asociación a la obra de nuestro querido Salvador.

Debemos absolutamente realizar nuestro sacrificio. El Señor nos ha dejado un pequeño remanente por pagar en favor de la humanidad. Tenemos que traer nuestra parte de cuota con todo el corazón; de lo contrario sería hacernos ilusiones pensar ganar la victoria.

En nuestro organismo también hay continuamente una victoria que ganar sobre lo que podría resultar una desventaja para él. Los epitelios trabajan constantemente para impedir que el polvo penetre en los pulmones.

En el cuerpo hay distintos medios de defensa que están continuamente en acción para cuidar del buen funcionamiento del organismo, y eliminan todo lo que le estorba; de esta manera la circulación de la sangre puede manifestarse siempre normalmente.

Es necesario realizar el mismo proceso en el dominio espiritual. Debemos vigilar nuestros pensamientos, y no dejar subsistir nada que

sea perjudicial para nuestro cerebro, porque el daño se repercute en el organismo.

También debemos cumplir con nuestro ministerio de sacerdotes. Cuando notamos algo que no esté bien, conviene que lo mejoremos, que reparemos las brechas, y colmemos los déficits. Este es el mejor medio de ennoblecernos y de volvernos verdaderos altruistas.

No es cuestión de hacer reproches a nuestro prójimo, de guardarle rencor a nuestro hermano, aun si creemos que nos ha perjudicado. Nuestra misión es cubrir y pagar por el culpable. El que realiza este ministerio con rectitud, no puede conservar en su corazón algo contra su hermano o su hermana. Es imposible, porque el hecho de gastarnos por alguien y de dar de lo nuestro en su favor, nos lleva irresistiblemente a amarle, según la ley de las equivalencias que se manifiesta automáticamente.

Cuando estamos descontentos, que sentimos animosidad, esto prueba que no hemos llenado nuestro cometido. De esta manera no ayudamos al Reino de Dios, sino que, al contrario, somos su adversario y su destructor.

Tenemos, pues, que realizar el programa que está delante de nosotros y dar un buen testimonio, siendo fieles en lo que nos ha sido confiado. No debemos hacer como los escribas y los fariseos, que tenían todo en las manos para obrar el bien, y que dieron tan mal ejemplo.

Ni siquiera los doctores de la ley fueron capaces de recibir el testimonio del nacimiento del Salvador; en cambio, los reyes magos de Oriente recibieron este testimonio y lo trajeron, a pesar de ser paganos. Ellos vieron la estrella y se dejaron guiar por ella hasta el lugar donde había nacido el Salvador.

Si no prestamos atención a nuestra línea de conducta, puede también acontecer que haya paganos que manifiesten más nobleza que nosotros. El apóstol Pablo dice a este respecto: "Si los paganos hacen el bien, sin la ley que desconocen, son más hijos de Dios que vosotros, que con la ley no hacéis lo que sería necesario."

Por tanto, dejémonos conducir dócilmente por la maravillosa gracia divina, a fin de sentir toda la bondad del Señor, toda su infinita gracia. No somos hijos de Dios de nacimiento. Ahora somos hijos de Dios adoptivos, y debemos llegar a ser hijos verdaderos de Dios.

Respecto a mí, he buscado con todo mi corazón la verdad, y el Señor me ha abierto horizontes magníficos. He podido entrever al Ejército del Eterno. El Señor me ha dado el conocimiento del evangelio eterno y de la ley universal. Todo ha sido puesto así en las manos del pueblo de Dios. Todas estas cosas estaban veladas hasta entonces, y nadie ha podido discernirlas antes del tiempo ordenado. Yo había visto al Ejército del Eterno antes de que se manifestara de una manera práctica.

Actualmente, ya vemos una cantidad de amigos que afirman querer formar parte de esta falange de combatientes. Todas estas realizaciones fortalecen maravillosamente nuestra fe, con la condición de que estemos en una buena situación de corazón y que tengamos confianza en el Eterno.

Nadie puede desaventajar a un hijo de Dios, y es necesario que estemos bien persuadidos de esta verdad. El Ejército del Eterno ha sido llamado a la vida verdadera y durable en la tierra, y el pequeño rebaño a la inmortalidad de la naturaleza divina.

El que nos ha hecho las promesas es fiel contra viento y marea para realizarlas en nuestro favor, siempre que nosotros mismos no pon-

gamos trabas a la realización de este llamado. "Retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona", nos dice también el Señor.

Es seguro que el número de miembros del pequeño rebaño será completado, y por este lado no tenemos que preocuparnos. Si no hacemos lo necesario, otro ocupará nuestro lugar. Nuestro éxito sólo depende de nosotros, puesto que todo está en nuestras manos.

Seamos, pues, consecuentes con el programa que hemos de realizar. No busquemos la paja que está en el ojo de nuestro hermano, sino que examinémonos nosotros mismos, y procuremos vencer nuestros defectos de carácter.

Si estamos ocupados en combatir la buena batalla de la fe, veremos la viga que está en nuestro ojo y podremos quitarla; pero si no estamos en la nota, veremos siempre el mal en los demás y nunca podremos corregirnos. El adversario no deja nunca de presentarnos sus ofertas de servicios para ayudarnos a acusar, a condenar a nuestro prójimo; ay de nosotros si lo escuchamos.

Son principios que hay que seguir. Nunca hablar mal de nuestro prójimo. Tampoco debemos emplear la adulación. Es menester ayudar, estimular, consolar, y sobre todo dar el buen ejemplo. Tan pronto como nos gastamos a favor de los demás, hacemos progresos.

Tan pronto como deseamos cubrir a nuestro hermano y a nuestra hermana con nuestro amor, la bendición viene a nosotros. Y si por nosotros mismos carecemos de capacidad, el Señor nos ayuda y nos da lo que nos hace falta. Es él también que nos procura la fe.

La verdad nos muestra lo que hemos de hacer; es para nosotros una espada de dos filos. Por un lado, nos descubre, penetra en nuestro corazón y lo pone al desnudo, pero es también un maravilloso bálsamo de consuelo. La verdad contiene un aceite de alegría para el que quiere vivirla honradamente.

Los colaboradores que el Señor emplea para la realización de su programa, le son todos preciosos. El tiene una paciencia infinita con cada uno de nosotros. No nos despiere con el pensamiento de que no hay nada que hacer con tales individuos cuando ponemos mala voluntad. Él obra siempre con la misma benevolencia, la misma perseverancia y con suma grandeza de alma. Si hacemos esfuerzos por vivir la disciplina, nuestro corazón se enternecerá y finalmente podremos adquirir la mentalidad de un hijo que lo hace todo por amor.

Si no hacemos lo necesario, permaneceremos lo mismo, y finalmente nos iremos, porque no sentiremos más placer en los caminos divinos. El Señor no rechaza a nadie, pero la disciplina ha de ser vivida para que el corazón pueda cambiar y que podamos asimilarnos al Reino. De lo contrario, permaneceremos como un cuerpo extraño, y en un momento u otro nos encontraremos eliminados, sin que nadie nos haya echado fuera.

En el desarrollo de la carrera de un discípulo se presentan muchas cosas. Son ocasiones para él de mostrar su aprecio al programa divino y su fidelidad a los principios de la sumisión y de la confianza.

Los discípulos que estaban junto al Señor pasaron también por tales experiencias. En cuanto a mí mismo debo decir que, si hubiera sido uno de aquellos a quienes habló el Señor para que fuera a tal lugar para desatar al pollino y traérselo, no dudo para nada de que yo hubiera experimentado reticencias.

En efecto, pueden subir toda clase de pensa-

mientos a nuestro corazón. El adversario puede venir a decirnos: "Mira lo que haces, si te ve un gendarme te tomarán seguramente por un ladrón, e incluso podría prenderte; de veras no parece posible que semejante manera de proceder sea justa".

Más tarde, el Señor dijo a sus discípulos: "No iremos a Jerusalén." Y he aquí que, poco tiempo después, él va de todos modos. Entonces los discípulos hubieran podido hacerse esta reflexión: "Nuestro Maestro es irresoluto, no es estable en sus pensamientos".

Después, en Jerusalén, cuando la multitud clamó: "¡Hosanna al Hijo de David!", a los discípulos podía subírles en ese momento este pensamiento: "Ahora nuestro Maestro es reconocido como Rey, va a ser la gloria para él y para nosotros". Pero no era aún el momento, y hacía falta primero que nuestro querido Salvador diese su vida, y que sus discípulos pasaran también por la misma hilerera.

Nuestro querido Salvador dio su vida, él combatió hasta el fin, aunque todos lo abandonaran en el momento supremo. El todo lo aguantó y todo lo realizó hasta qué pudo decir: "Consumado es." El fue fiel hasta la muerte de cruz, y acabó su ministerio con un magnífico valor, del gozo que tenía de poder traer la liberación a los seres humanos condenados.

No queremos ser indiferentes a esta sublime manifestación del amor divino. Al contrario, queremos dejar enternecer nuestro corazón, a fin de que seamos capaces de vibrar con todas las fuerzas de nuestra alma y sentir todo el valor de la obra de nuestro querido Salvador. Queremos darle gloria al Eterno, aceptar y seguir sus caminos con entusiasmo.

Queremos vivir la verdad que es el amor, no juzgar temerariamente a nuestro hermano, no examinar la paja que está en su ojo, sino ver la inmensa viga que está en el nuestro. Cuando veamos un defecto en nuestro hermano, procuremos ayudarlo, traerle el aceite del amor y de la amistad, manteniendo desde luego la luz en el candelabro.

Como nuestro querido Salvador, seamos el juez amable y compasivo que paga por el culpable. Es solamente con esta condición que tenemos el derecho de juzgar, porque nuestro juicio es benéfico, es una bendición y no una condenación. Así podremos dar gloria al Eterno y santificaremos su santo Nombre.

## Preguntas para el cambio

### – del carácter –

1. ¿Hemos podido vencer las sugerencias y las influencias del adversario, y dispensar tan sólo felices impresiones?
2. ¿Hemos examinado la viga de nuestro ojo, nunca hablado mal del prójimo, ayudado, consolado y dado el buen ejemplo?
3. ¿Experimentamos que el espíritu de Dios es de alegría y de entusiasmo, a causa de una buena circulación de su espíritu?
4. ¿Hemos procurado no perder el contacto de la comunión divina, y sentido mucha felicidad en todas las situaciones?
5. ¿Hemos salido vencedores de nuestras pruebas de fe, de amor, de renunciamento y de fidelidad a los principios divinos?
6. ¿Se desarrolla nuestra fe, porque confiamos totalmente en la gracia divina y vivimos el programa con todo nuestro corazón?